

# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó en Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.**—*Advertencia.*—*Teatro del Balon*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Revista de Cádiz*, por D. Adolfo de Castro.—*El bardo ausente*, por Víctor Caballero y Valero.—*Rugier de Láuriga. Segunda parte*, por doña Felicitas Asin de Carrillo.—*Geoglífico.*

## ADVERTENCIA.

Apesar de nuestros avisos muchas personas han continuado remitiéndonos producciones suyas ó ajenas en verso ó prosa, con el fin de que se inserten en este periódico. Mucho les agradecemos la honra que en ello se nos hace; pero debemos manifestar nuevamente que es tal el número de originales que existen tiempo ha en nuestro poder, y que por falta de espacio no nos ha sido posible publicar, que el aumento creciente de estos no hace sino imposibilitar mas y mas el cumplimiento de los deseos de los remitentes, que son al propio tiempo los nuestros. En su virtud, rogamos por última vez á todos se sirvan no remitir por ahora nuevos originales, sin que se ofendan porque no se reciban, toda vez que tantas advertencias han precedido.

Del mismo modo se devolverán aquellos que existen en poder nuestro, y cuyos autores así lo exijan.

## TEATRO DEL BALON.

*LAS BIOGRAFIAS, comedia en tres actos arreglada del francés.*

Esto es un arreglo de la obra de Legouvé titulada *Le pamphet*, cuya aparición en la escena, aparición muy reciente por cierto, dió que hacer á la pluma de muchos doctos críticos, y en especial á la célebre de Julio Janin, quien escribió acerca de ella excelentes observaciones en una *Historia dramática y literaria del año* inserta en el *Almanach de la literature* correspondiente al que rige. Este dato, bien así como el conocimiento del artículo crítico á que nos referimos, lo debemos á la esquisita galantería y buena amis-

tad del Sr. D. Juan José Diaz, persona ilustrada y de especial afición además á estas materias.

Pero antes de que nos apoyemos en la opinion autorizadísima de Julio Janin para corroborar la humilde nuestra, fuerza nos es el dar á nuestros lectores una idea, siquiera sea breve é incompleta, del argumento en cuestion.

Supónese la escena en Portugal á poco tiempo de la muerte de D. Juan VI, y no mucho despues, por tanto, de la guerra de la independencia.

Doña Isabel de Aureiro, jóven bella, virtuosa y de talento, en suma, un tipo casi completamente ideal, era hija de un valiente coronel que habia immortalizado su nombre con la defensa de un castillo en la ya citada guerra. Muerto algo antes, solo habia dejado una muy modesta medianía á su esposa enferma y á su hija única, á la que ya conocemos, y á la que la enfermedad de su madre imponia sacrificios tales que agotados sus recursos hubo de traspasar la casa que habitaba, bien así como su nada rico ajuar, con el fin de subvenir á las sagradas atenciones que el estado de la enferma hacia indispensables.

Pero Isabel amaba y era amada con igual pasión. Enrique de Urrea, jóven de elevado nacimiento y de grandes riquezas, era el preferido de su corazon, era su amante. Y sin embargo, su anhelada boda ofrecia dificultades al parecer insuperables. La ilustre familia del nobilísimo portugués parecia no solo mal dispuesta, sino absolutamente contraria á este enlace. Su padre habia muerto; pero la madre, pero un tío con quien dividía el cuidado de la tutoría del jóven, no estaban dispuestos á oír hablar de semejante asunto. Faltábale aun algun tiempo para entrar en la mayor edad, y entonces ya no pudieran temerse obstáculos á su union; pero Isabel tenia un orgullo demasiado legítimo para consentir en hacer parte de una familia que la rechazase. Las glorias adquiridas y la sangre derramada por su padre le daban derecho á no creerse inferior á aquella otra orgullosa altanería de una nobleza heredada, aunque por otra parte bien sostenida. Este mismo orgullo, ó mas bien una delicadeza honrosa, le habia hecho rehusar siempre las ofertas de su amante respecto á sus apuros domésticos, de forma que á pesar de ellas Isabel iba á abandonar aquella casa tan llena



de recuerdos, y aquellós muebles queridos, porque tambien fueron queridos de sus padres.

¿Pero quién era el que habia tomado el traspaso? Un ser misterioso, aunque de nombre conocido en Lisboa desde poco tiempo antes; un tal Pedro Villar, biógrafo, ó mejor dicho, libelista de profesion; hombre de talento, de travesura, impenetrable en sus designios; hombre diestro en las armas, de corazon malvado, de exterior repugnante. Merced á su pluma, que era en aquellas manos el puñal del asesino, habia llegado á conseguir el bienestar, casi la opulencia, por mas que sus vicios le hiciesen derramar en abundancia una parte del oro adquirido á costa de la honra de las familias.

Convengamos en que esto no hace ciertamente el elogio de nuestra sociedad, ni por tanto el de nuestro corazon; porque si comprendemos que la existencia de las serpientes venenosas pueda ser un designio oculto del autor de la creacion, no comprendemos que á estas serpientes se conceda el aprecio que ha de guardarse para los seres útiles, ó siquiera para los no dañinos.

Pero volvamos á los dos desesperanzados amantes.

Mientras entre cariñosos coloquios se olvidaban de las contrariedades, ved aquí que aparece entre ellos la marquesa de Urrea, la madre de Enrique. Viene á preguntar á Isabel si está pronta á entrar en su familia contra su voluntad. A su respuesta negativa, la abraza y la llama su hija. Sus virtudes y los elogios que de ella le ha hecho un sobrino calavera llamado Santiago, han vencido todos los obstáculos que ella pudiera oponer. Pero su cuñado es tambien tutor; es necesario vencerle tambien, y lo espera en consideracion al inmaculado y glorioso nombre de Aureiro.

Sin embargo, la serpiente se agitaba por destruir la naciente felicidad de aquella familia. Villar, empleado un tiempo en el archivo de la guerra, habia sido arrojado de su puesto con ignominia por el coronel. Publica un folleto en que lo declara venal y traidor, fundándose en una carta del gefe enemigo, cuyo documento habia sustraído del archivo; y aunque en él constaba tambien la digna respuesta del coronel, esta habia desaparecido al propio tiempo. Todo pues estaba perdido: la hija de un traidor no podia llegar á ser marquesa de Urrea.

No seguiremos aquí al autor en los medios por los cuales averigua Isabel quien sea su anónimo enemigo, medios poco ingeniosos, sea dicho de paso, pero que autorizan á Enrique á provocar á un duelo á Villar. Tampoco seguiremos á la marquesa en la revelacion de los anteriores crímenes del mismo Villar, lacayo infiel de su esposo, cuya vida le fué por intercesion de ella perdonada. Nada de esto produce un resultado eficaz. Santiago, el primo calavera, forzado á marchar al Brasil porque está arruinado, una vez al cabo de todo se propone hacer una buena obra en descargo de sus muchas malas. Se presenta en casa de Villar con una pistola en la mano y con ánimo resuelto de matarlo como á un perro. Villar conoce que es muy capaz de hacerlo, y tiembla; pero al ver que llegan la mar-

quesa, Isabel y Enrique, hace de la necesidad virtud, y les entrega el documento que rehabilita al coronel. Santiago, sin embargo, le fuerza á partir en el acto para el Brasil en lugar suyo, y no le abandona hasta dejarlo á bordo.

Indudablemente la comedia está bien escrita, y en algunas escenas muy bien. Las hay sin embargo muy de brocha gorda, pero de mucho efecto popular, como la última, la cual nos recordó otra muy semejante de *El terremoto de la Martinica*. Todo esto se necesitaba para animar un argumento desleído en un acto mas que en el original, y en el que hay visible exageracion aun para el pais en que se escribió; mucho mas para el nuestro, cuyas costumbres son muy otras. No creemos que en la misma Francia un simple folleto, un libelo tan infame como se quiera, pueda llegar á tener tanta importancia. Entre nosotros tiene infinitamente menos, y todas aquellas lágrimas de una familia sumida en la angustia y en la desesperacion, las comprendemos apenas, porque en rigor aquí no producirían eso ni mucho menos. No somos tan susceptibles á Dios gracias, y un libelista de esta especie concluye siempre por ser despreciado, despues de haber sido apaleado antes por alguno mas impaciente ó menos sufrido.

Julio Janin, que por lo visto conoce bien y odia con la mayor cordialidad á esta especie de víboras, truena contra ellas, y en cierto modo hasta contra el mismo Legouvé por haber puesto en escena lo que él llama un imposible. Se entiende, un imposible dramático, un ser odioso, diforme, insoportable, como llama al tipo en cuestion. "¿De qué inmundo albañal, esclama, viene semejante hombre? ¿No podríais haberlo dejado en medio de su fango?"

Pero aun se indigna mas al ver que el autor ha tratado de buscar para su serpiente una piel menos repugnante que la suya propia. Le ha dado talento, ha supuesto que sabe escribir, como si semejante bribon (son sus palabras) "fuese digno de tocar á la pluma, á ese maravilloso instrumento del pensamiento humano, á la pluma, honrada, elocuente y dócil inspiracion de las grandes ideas y de las nobles pasiones."

Compréndese bien por la acre elocuencia de que damos esta leve muestra que Julio Janin ha sido mordido mas de una vez por semejantes reptiles. ¿Cómo nó, siendo tan insigne escritor?

Sea de ello lo que quiera, la verdad es que tiene razon.

Concluiremos diciendo que no hallamos nada propio el título que se ha dado á la obra en la traduccion. *Pamphlet* no es biografía.

La comedia, cuyo primer acto se oyó con frialdad, concluyó por ser muy aplaudida. La eleccion ha sido por tanto acertada.

La compañía que allí funciona, hasta aquí no organizada definitivamente, ha recibido un refuerzo importantísimo con la adquisicion del Sr. Rodés y de la Jovita. Por ello felicitamos á la empresa.



La concurrencia en la noche á que nos referimos, muy abundante.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## REVISTA DE CADIZ.

Beatificacion de un hijo de Cádiz.—Una antigüedad exhumada y vuelta á enterrar.—Riqueza agrícola y pecuaria de esta ciudad.—Recuerdos de las guerras de Africa.

Los periódicos de la corte, no ha mucho tiempo han hablado de que se ha vuelto á agitar el proceso para la beatificacion de un hijo ilustre de esta ciudad, del célebre misionero capuchino fray Diego José de Cádiz.

Este personaje alcanzó tan alto renombre y tal consideracion en su tiempo, que llegó á tener los títulos y honores que van á continuacion, omitiéndose en la lista algunos por menos importantes.

Misionero apostólico; capellan de la Real Armada, honorario; examinador sinodal de los obispados y arzobispados de Granada, Toledo, Cuenca, Sevilla, Jaen, Cádiz, Zaragoza, Leon, Guadix, Córdoba y Málaga; consultor en divinas letras y humanas ciencias, por orden de S. M. el Sr. D. Carlos III; doctor en sagrada teología, en cánones y en jurisprudencia; canónigo honorario de la santa Iglesia de Jaen: uno de los consultores extraordinarios de la santa Junta de teólogos de la romana Iglesia, sita en Bolonia, por concesion del SSmo. Padre Pio VI; defensor en los sagrados dogmas; por S. M. Grande de España; cubierto por el Serenísimo Príncipe de Asturias D. Carlos de Borbon; capellan y vice-vicario general de la Armada y Ejército de España; obispo *in pectore*, á consulta de la Cámara de Castilla, del obispado de Santander, (que renunció en manos de S. M.); inquisidor, calificador y consultor, y comisario de este Santo Oficio por S. M. en virtud de santa obediencia; predicador apostólico de los reyes de España; capellan de las reales Maestranzas de Granada, Sevilla y Ronda; prefecto en la suprema Junta de casos de corte en la de España, Nápoles, Roma y Portugal; padre de consulta en su religion seráfica; revisor particular de libros en todos los puertos de mar y costas de España; capellan real honorario en virtud de obediencia; decano del Illmo. Cabildo y catedral de Zaragoza y Sevilla; defensor de la Fé por gracia y nombramiento de la gran casa de los condes de Malpica en España; vice-regente de las Academias de la Oratoria, á consulta del Consejo de S. M. en virtud de obediencia; predicador y capellan de los tres infantes de España y reina de Portugal; capellan mayor de la ciudad de Cádiz con 50 ducados de renta anuales al convento de Capuchinos, perpétuos por los méritos contraídos por dicho padre en la mision de marzo de 1798. Asiento preeminente en cabildo al lado del decano, con voz y voto. Colocóse su retrato en la Casa de Ayuntamiento, y un tri-

sagio de la SSma. Trinidad en el sitio donde dicho padre predicaba en la plaza de San Antonio frente al balcon que estaba en la meseta de la escalera. Esto en cuanto no venia orden del rey para ponerlo en una columna en el medio de la misma plaza de San Antonio.

Fray Diego José de Cádiz tambien se dedicó á la poesía, siendo sus versos ó místicos ó morales. Muy conocida es su escelente traduccion del Miserere en décimas.

Otras escribió pintando lo que era una mala mujer, que por menos conocidas inserto aquí.

Es la mujer confusion,  
Es batalla perdurable,  
Es escorpion insaciable,  
Es cola de un escorpion,  
Es naufragio del varon,  
Es un sepulcro dorado,  
Es un continuo cuidado,  
Es la carga mas pesada,  
Es la muerte transformada,  
Y es el centro del pecado.

Es una forma engañosa,  
Es una desdicha cierta,  
Es del infierno la puerta,  
Es una espada mañosa,  
Es pelea peligrosa,  
Es del mundo enfermedad,  
Es perpétua tempestad,  
Es un adornado engaño,  
Es un lamentable daño,  
Y es la suma enfermedad.

Es de la muerte motivo,  
De los placeres ladrona,  
De las infamias patrona,  
De las guerras incentivo,  
De las ficciones archivó,  
De los escándalos vida,  
De las torpezas guarida,  
De los amores suplicio,  
De los gustos sacrificio,  
Y de los diablos comida.

De la paz es turbacion,  
Del adulterio cimiento,  
De la iglesia impedimento,  
De la bolsa evacuacion,  
Del dinero inquisicion,  
De la soberbia raudal,  
De los vicios mineral,  
De la virtud enemigo,  
De las maldades abrigo,  
Y principio y fin del mal.

Un hijo de esta provincia tambien murió en olor de santidad, y era de la orden de Capuchinos. Fué Fray Antonio de Lobo, natural de Medina Sidonia, predicador del Papa Gregorio XIII y muy amigo de S. Felipe Neri y S. Carlos Borromeo.



No sé si recordará alguno de nuestros lectores que al desplomarse una parte de la muralla del sur detrás de la plaza de toros, se descubrió, casi á la lengua del agua, un antiguo muro de cantería en forma de media luna. Cada uno de los anticuarios hacia sus cálculos, como era consiguiente. Acrecentaba la confusion, para hacer un juicio exacto, haberse hallado en las excavaciones para los cimientos de la nueva muralla medallas del emperador Adriano y un ducado de plata de los Reyes Católicos.

Por averiguaciones posteriores que he hecho y con presencia de documentos auténticos, puedo asegurar que aquel sitio era antiguamente un barranco, el cual tenia una fortaleza á la orilla misma del mar, fortaleza que fué ó del tiempo de los moros ó de los primeros tiempos de la conquista de esta ciudad por don Alonso el Sabio, puesto que existia ya á fines del siglo quince.

Para curiosidad de los lectores, voy á hablarles de los productos agrícolas de Cádiz, en el pequeño territorio de Puerta de Tierra, segun los nuevos datos estadísticos adquiridos últimamente. 104 fanegas de maiz se han cogido en este año, 2388 arrobas de patatas y 5026 arrobas de hortalizas, entendiendo por este nombre los tomates, pimientos verdes, pepinos, coles, cebollas, ajos, lechugas, escarolas, cardo, apio, espinacas, calabazas, melones, sandías, nabos, zanahorias, etc.

Nuestra riqueza pecuaria es superior á la agrícola. En Cádiz hay 190 cabezas de ganado vacuno, 248 de ganado caballar, 653 de ganado mular, 185 de ganado asnal, 22 de ganado lanar, 128 de ganado cabrío y 444 de ganado de cerda.

Nuestra provincia, y consiguientemente su capital, está muy preocupada con los preparativos de la guerra de Africa. No son en verdad sucesos nuevos para ella el presente.

En las diversas tentativas que con mejor ó peor suceso se han hecho para la conquista de Africa, evidentemente Cádiz ha tenido en las mas una parte muy activa.

Un hijo de Cádiz, Pedro de Estopiñan, Comendador de Santiago, se apoderó de Melilla en 1497, mandando una escuadra del duque de Medina Sidonia, que salió de nuestro puerto. Gaditanos, Sanluqueños y Jerezanos fueron los mas de los tripulantes de esta expedicion coronada por el suceso mas favorable.

De Cádiz salió la parte mas principal de la expedicion del desgraciado rey de Portugal á la empresa de Africa: en Cádiz se detuvo algunos dias el monarca: aquí fué grandemente obsequiado: aquí él y la flor de la nobleza de Portugal se despidieron para no ver mas el suelo de la Península, y perecer en los arenales de Africa ó arrastrar cadenas.

Los Corregidores de Gibraltar, Jerez y Cádiz, pasaron en 1580 á tomar posesion de las plazas que en Africa tenian los portugueses cuando Felipe II empuñó por el desastre de don Sebastian el

etro Lusitano. Esas plazas eran Tánger, Arcila y Ceuta. Desde entonces Ceuta quedó en nuestro poder.

En 1614 dia 1.º de Agosto salió de Cádiz otra expedicion compuesta de noventa y nueve buques para tomar el puerto de la Maamora, expedicion mandada por el bravísimo general don Luis Fajardo, hijo del famoso Marqués de los Velez. Sabido es que el fin de esta jornada fué felicísimo y glorioso para las armas españolas.

En todo el siglo XVII nuestro obispo se titulaba *de Cádiz, de Algeciras, de Larache y de la Maamora*.

Hasta ahora, la suerte siempre nos ha favorecido en pequeñas empresas sobre el Africa por lo comun, habiendo sido las mas desgraciadas, ó las mas importantes, ó las mas atrevidas.

Parece que siempre los deseos de los españoles que han pensado en la conquista del Africa han sido detenidos por una mano poderosa, como si quisiera decirles: *Aun no es tiempo*.

El ilustre rey don Alonso X al conquistar á Cádiz, la tenia por la llave del Africa; y no era extraño. El Estrecho y todas las costas de la Andalucía en el Mediterráneo estaban aun en poder de moros. Los intentos de conquistas de este rey fueron completamente inútiles. La sublevacion de un hijo auxiliado por ingratos, vino á defender el Africa.

Cuando los Reyes Católicos, destronado el poder agareno en la Península, pensaron en la conquista del Africa, el descubrimiento del nuevo mundo con sus portentosas riquezas vino á impedir el ensanche natural y duradero de España, que está en la antigua Mauritania.

El Cardenal Jimenez de Cisneros á pesar de todo emprendió la conquista de Orán y la de Mazalquivir. Pero ¿con qué recursos? Véase un importante párrafo de una carta del célebre Capitan Gonzalo de Ayora, dirigida en 16 de Julio de 1507 al secretario Miguel Perez de Almazan. Su original está en la Biblioteca de la Academia de la Historia.

«Lo mejor que fué ganar á Mazalquivir se hizo á costa y daño de los pueblos de Andalucía, que no teniendo un pan que comer, hicieron talegas para cuarenta dias y los que de allí escaparon con mas peligro y trabajo y aprovechamos mas en el hecho, hubimos el galardón que vuestra merced sabe; y los frutos y rentas de las Ordenes y las otras mercedes ordinarias y extraordinarias, llévanlas muchas veces lisonjeros y malsines.»

Así se hacian nuestras antiguas expediciones. A pesar de todo, muchas salian bien.

Cárlos V tan favorecido por la fortuna tuvo que retroceder ante los muros de Argel, para salvar los restos de su escuadra y ejército.

No fué menos desdichado el Conde de O-Relly en su jornada contra Argel reinando Cárlos III.

Si la guerra llega á emprenderse, no siempre la fortuna ha de defender contra el valor de nuestros soldados á Africa, ni siempre ha de esterilizarlos el desconcierto ó la imprevision.



Quizá la gloria de esta conquista haya sido reservada á nuestro siglo.

ADOLFO DE CASTRO.

## EL BARDO AUSENTE.

Á CÁDIZ.

No una lira de oro  
quiero en mi soledad; busque el poeta  
de rica inspiracion áureo tesoro,  
y un laurel inmortal para su frente.  
Escucha, patria mia,  
el débil eco de mi humilde canto:  
siento que el alma inquieta  
jime angustiada en su mortal quebranto;  
y en mi dolor veemente  
para cantarte, oh patria! anhelaria,  
los misteriosos salmos del Profeta,  
el arpa de David, sacra y sonora,  
y el genio celestial de la poesia.

Patria!!! adoro tu nombre,  
y mi amor hácia tí nació conmigo;  
amor santo y sublime,  
que nunca olvida en su desgracia el hombre:  
y este amor que bendigo,  
ay! la pena redime  
que encierra el corazon, nos dá la calma,  
benigno endulza el duelo;  
cuando la adversa suerte  
nos conduce á morir á estraño suelo,  
lo respeta la muerte,  
porque piadosa el alma  
en su seno inmortal lo lleva al cielo.

Gades, tengo presente,  
oh, amada patria! el infelice dia  
que tu suelo dejé; y era la hora  
en que despiertan cándidas las flores  
esmalgadas con gotas de rocío;  
del plateado oriente  
envuelta en nubes de amaranto y grana,  
la sonrosada aurora  
cruzó gallarda la estension del cielo,  
y de su blanca frente  
se desprendió la luz de la mañana.

Las lonas hinchó el viento  
y el mar sureó la cortadora quilla  
de la bizarra nave, que orgullosa  
de tu anhelada orilla  
al soplo de las brisas se alejaba;  
sobre la negra popa,  
con los brazos cruzados sobre el pecho,  
triste te contemplaba,  
y en mi horrible agonía  
una lágrima lenta y silenciosa  
mi marchito semblante refrescaba;  
adios! adios! te dije, patria mia!...  
y el viento mis cabellos agitaba.

Parece que te veo  
reclinada en el mar como una ondina,  
que envuelta en blancos tules  
se contempla en el agua cristalina.

Veo las ondas azules  
besar las plantas de tus fuertes muros;  
Gades, la candorosa  
paloma de los lagos, ¡alma mia!  
tu hermoso cielo de color de rosa,  
tus pájaros cantores,  
tu clima sin igual, tus gayas flores,  
prestan grato consuelo;  
que tú brotaste de la mar un dia  
para ser el jardin de Andalucía.

Oye, patria adorada:  
si el despotismo ves, que en sangre ansioso  
te oprime con sus bárbaras cadenas,  
de alma Libertad al santo grito,  
presto á tus playas correré animoso;  
y allí, á la sombra del pendon bendito,  
derramaré la sangre de mis venas.

Oh! plegue al santo cielo  
concederte la paz y la ventura  
que mi Gades feliz gozará un dia!  
De América en el suelo,  
cuando perdido en la arboleda umbría  
luchando con mi amarga desventura  
al valle me dirijo silencioso,  
entónces, patria mia,  
á la luciente estrella  
que brilla en el azul del firmamento,  
á la humilde cabaña, al alto monte,  
á la elevada palma, al manso rio,  
á la gentil y errante golondrina,  
á la pequeña roca,  
al ciervo que atraviesa la colina,  
por tí pregunta el pensamiento mio.

Patria, yo no ambiciono  
la sacra llama que en el pecho arde  
del trovador feliz; yo no deseo  
en la selva frondosa  
aspirar el perfume de la rosa,  
cuando en la cumbre del lejano monte  
dudoso brilla el astro de la tarde  
y atraviesa la luna el horizonte.

Mi corazon desea  
tus muros ver: y cuando fiera muerte  
mi existencia arrebate y yo sucumba  
víctima triste de mi aciaga suerte,  
descender á la tumba,  
descansar, patria amada,  
en tu querido suelo,  
pues por dicha nací bajo tu cielo.

En tu suelo feliz mi madre amada  
en el postrer momento me bendijo,  
un sáuce cubre con dolientes hojas  
su humilde sepultura,  
regada con el llanto de su hijo.  
Oh, madre idolatrada!  
feliz si lloro en tu sepulcro un dia!  
feliz si vuelvo á verte, patria mia!

VÍCTOR CABALLERO Y VALERO.

Habana: 1859.



## RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.<sup>a</sup> FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

### SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

Rugier que no tenia ganas de dormir, se salió, apenas se hubo separado de D. Lope, con objeto de dar un paseo por el campo militar, en el cual vió multitud de gefes y soldados, que ora departian divididos en grupos mas ó menos numerosos, ora se ocupaban en hacer toda clase de aprestos para emprender su próxima campaña. No faltaban tampoco algunos que mas indolentes ó prevenidos se habian entregado á un sueño reparador y hasta casi indispensable para soportar las fatigas de la guerra.

Rugier atravesó aquellos sitios sin mirar á nadie ni cuidarse de nada. Su pensamiento y sus ojos estaban fijos en un solo punto; y siéndole ya casi indiferente la conservacion de su propia vida no pensó que muchos de aquellos valientes guerreros, debian esponerse con él dentro de poco á los rigores de una muerte mas ó menos angustiosa y temible.

Rugier á pesar de todo, hubiera deseado vivir para salvar á su esposa y ser dichoso á su lado; pero segun habia dicho á D. Lope, su corazon estaba lleno de tristes presentimientos, que por primera vez desde que tuvo uso de razon, le hicieron vacilar y temer.

Nada le hubiera importado pelear con todos y cada uno de los sitiados; en lucha con ellos hubiérales vendido bien cara su derrota; pero Rugier temia encontrarse con Adrian y estaba resuelto á no esgrimir su acero en contra del hermano de su idolatrada Catalina.

Entregado en sus meditaciones, absorto y solo como iba, dejó por último á sus espaldas las últimas avanzadas del ejército amigo y se internó por una áspera y empinada senda que principiaba en la orilla de un pequeño lago cuyas aguas tranquilas rizaban levemente las brisas de la noche. Aquella senda por donde seguia Rugier estaba casi en su mayor parte interceptada por multitud de breñas y malezas que hacian su paso en extremo dificultoso. Rugier llegó al cabo de un rato á un punto elevado y mucho mas intransitable, en cuyo término se elevaba una peña gigantesca. La luna se habia encapotado bastante y la soledad y el silencio mas profundo reinaban en torno del apesadumbrado caballero.

Una ráfaga de aire cruzó de pronto por encima de la peña y Rugier conoció algo tarde que se habia retirado mas de lo regular. Le pareció que

en aquella ráfaga habian venido envueltos algunos ecos de voces humanas y quiso cerciorarse de ello. Entonces escaló á fuerza de trabajo el peñon que tenia delante de sí, y poniéndose encima tendió su vista por todas partes.

Un curioso espectáculo se presentó en aquel momento á sus ojos. La balsa de agua en que apenas se habia fijado antes; se extendia no lejana besando la falda del monte en donde Tordehumos descansaba. La poblacion y el castillo que se destacaban mucho mas de cerca parecian un gigante que velaba en medio de la oscuridad, y al otro lado de la peña divisábase un camino cómodo y espacioso que formando una gran curva iba sin duda á terminar al pie de las murallas que circundaban la villa.

Rugier divisó tambien varias luces á lo lejos, y en la zona iluminada por ellas creyó distinguir algunos bultos que apenas se movian. El viento continuaba trayendo á sus oidos los ecos humanos que antes habia creído percibir.

Rugier pensó que aquella gente parada en medio del camino debia pertenecer á Tordehumos, y acto continuo se propuso un plan tan temerario como espuesto á grandes dificultades.

Así fué que deslizándose por el otro lado de la peña siguió avanzando cautelosamente y se acercó cuanto pudo al grupo de que hemos hecho mencion.

Los que lo componian eran en muy escaso número, iban armados y en medio de ellos se divisaba clara y distintamente, un fraile de pequeña estatura y de espesa y encanecida barba. A su lado se hallaba un guerrero que al parecer la hablaba con mucho calor.

Rugier no pudo enterarse de su conversacion y trató de acercarse mas á riesgo de ser visto de aquellas gentes. Estaba seguro de que aquel fraile no era lo que parecia, y se propuso seguir adelante en sus investigaciones.

Por fortuna el guerrero y el fraile se separaron un instante despues de los que los acompañaban, y ahorraron la mitad del camino á Rugier que al verlos llegar se ocultó entre la maleza y trató de escuchar.

Entretanto el fraile se apoyó ligeramente en el brazo del guerrero, y habiendo llegado á un ribazo que estaba muy inmediato al sitio en donde Lauriga permanecia escondido, pronunció estas palabras:

—Todavía es pronto; sentaos si gustais.

Rugier de Lauriga sintió un ligero estremecimiento al oir las anteriores palabras que fueron pronunciadas, no con voz cascada y temblona como podia suponerse la de un anciano, sino con un timbre argentino, seguro y vibrante que resonó dentro de su corazon. Aquel acento le era sumamente conocido.

Rugier continuó en acecho y pudo enterarse del siguiente diálogo.

El fraile y el desconocido se habian sentado, el primero se arrancó de un tiron la barba postiza que traia puesta y se echó atrás la capucha del hábito, dejando entrever una bellísima cabeza pobla-



da de rizados y lustrosos cabellos y un rostro de soberana y esplendente hermosura.

El guerrero que también se había despojado de su casco era un joven de facciones pronunciadas; sus ojos como el ébano parecían que brillaban en medio de la oscuridad. Sus ademanes eran distinguidos y el conjunto de su persona en extremo simpático.

—¿Qué teneis? preguntó el fingido fraile después de una pequeña pausa.

—No sé, señora; respondió el interpelado sacudiendo de pronto el peso de sus meditaciones. Os estaba mirando y me consideraba feliz.

—Pero estais muy triste, Gonzalo; estais muy triste y esto no cuadra muy bien con esa dicha que me ponderais. ¿Qué teneis? ¿por qué me mirais así?

—Os miro, señora, porque sois demasiado bella... y en cuanto á lo que tengo, sería difícil explicarlo. Siento un dolor que me abrumba y me mata; pero no puedo quejarme porque yo mismo no encontraría medios para formular mis quejas. ¿Quién soy yo para pedir os cuenta de lo que haceis?

—Según eso, estais quejoso de mí?

—No, estoy quejoso con mi estrella que me permitió veros sin haberme hecho grande y poderoso como vos.

—¿No os he dicho que podeis esperar?

—Es cierto, replicó Gonzalo con melancólica ironía; es cierto y ya veis de qué manera me abrumo de molestias. La esperanza es lo último que se pierde y yo no quiero renunciar á ella.

—Decís eso en un tono tan lastimero!

—Hablemos de otra cosa si gustais, señora.

—No, no, yo no quiero que me deis ese título; llamadme Ana, llamadme vuestra amiga y decidme la causa de vuestra tristeza. Ayer os ví contento, animado, feliz...

—Tenía motivos para estarlo.

—Y hoy?

—Hoy es diferente, hoy....

—Vamos, acabad.

El caballero no respondió á esta escitación.

—Os habeis quedado mudo?

Ana le dirigió esta pregunta fijando sus grandes y fascinadoras pupilas en los ojos de aquel á quien daba el nombre de Gonzalo. Este se pasó la mano por el rostro y murmuró con desmayado acento.

—Tened compasión de mí, Ana; apiadaos del dolor que siento y no me abrumeis con vuestro desden; os amo y tengo celos de vos.

La joven lanzó una alegre y ruidosa carcajada.

—Sí, sí; ya me lo presumia; teneis celos y os dá vergüenza confesarlo porque son descabellados y de todo punto insensatos. ¡Pobre Gonzalo!

—Sí, eso es lo que quiero, señora, que me tengais lástima. Mi mala ventura os trajo á este punto vestida como estais, para que luego al mostraros con el traje peculiar á vuestro sexo la sin par hermosura con que el cielo os dotó, viniese á ser la causa de mi desdicha. Os ví y os quise con delirio; primero me tratásteis como debíais, es decir, con una indiferencia cruel de la que yo no de-

bía quejarme porque era muy poco para vos. Un simple hidalgo había tenido el atrevimiento de admirar vuestra espléndida belleza y de entregaros su corazón. Mas tarde os fijásteis en mí, pudisteis adivinar el origen de mi eterno desasosiego, y me animásteis con una sonrisa que fué el iris primero de mi loca esperanza. Tuve bastante valor para decir que os amaba, y vos no recibisteis mi confesión con cruel aspereza.

—¿Por qué recordais ahora todo eso?

—Porque no puedo menos de hacerlo, puesto que esas alternativas han constituido de algún tiempo á esta parte el fondo de mi vida. Capaz de amaros hasta el crimen os he jurado, no una sino mil veces, consagrarme á vuestro servicio y ser esclavo del mas insignificante de vuestros antojos. Decís que me reservais una empresa difícil, que tengo que ayudaros á realizar una venganza, y aquí me teneis á vuestro lado, loco de amor, delirante y débil como un niño, impacientándome porque no haceis uso de mi brazo.... Nada me horroriza ya, nada me infunde miedo; y si es preciso deslizarse por el cráter de un volcán para serviros, creedme, deseo que me lo mandeis para arrojar me impertérrito en medio de las llamas.

—Lo sé y os vivo reconocida, Gonzalo.

—Yo no quiero vuestro reconocimiento, respondió el joven presa de la fiebre que le consumía; quiero vuestro amor grande como el mío, impetuoso como me lo habeis permitido desear. Mas ay! en cambio de ese amor me habeis hecho sentir el suplicio de los celos. Ayer entré en Tordehumos ese joven á quien vos llamais Adrian, y desde entonces no os habeis separado de él un solo instante; os busca, os sirve, os habla de amor; y vos, señora, os sonreís y le escuchais con faz placentera. En este mismo instante habeis cometido la imprudencia de abandonar la población con la sola idea de salirle al encuentro.

—¿No sabeis que ha ido al campo enemigo encargado de una misión importante? ¿No sabeis que espero al padre Gerardo? Además que mi objeto al haceros venir aquí ha sido....

Doña Ana se acercó mas al guerrero, y bajando la voz como si temiese que el eco de sus palabras pudiera llegar al grupo de hombres que esperaban en medio del camino, continuó hablando un rato, sin que Rugier pudiese oír esta parte de la conversación.

Cuando la condesa concluyó de hablar, Gonzalo que había temblado un momento, dijo con voz serena y resuelto ademán:

—Sereis servida, Ana; os lo juro en nombre de mi amor.

—Tomad.

Ana sacó de debajo de su hábito un pomo sumamente pequeño que entregó á su amante, y que este guardó á su vez.

—Sabeis el camino? le preguntó.

—Sí.

—Y los dos permanecieron silenciosos algunos instantes.

—Mucho tarda, murmuró Ana después de aque-



lla breve pausa. Le habrá ocurrido algo?

—A quién? á vuestro amante?

—Os he dicho que no le amo, Gonzalo; ese hombre no me ha inspirado nunca la menor simpatía.

—Le escuchábais con tanta atención!

—Porque le necesito; ya veis que estoy cercada de peligros; ¿quereis que me deshaga despreciándole de un hombre que puede servirme de mucho?

—Teneis razon, señora, soy un insensato.

—Yo no puedo fiarme de nadie; si el mismo D. Juan de Lara me hubiese conocido...

—Por fortuna no ha sospechado siquiera que fuérais una dama.

—Estais seguro de ello?

—Segurísimo; en cuanto á eso podeis vivir tranquila.

—A propósito de D. Juan de Lara, ¿quereis decirme por qué le buscábais esta tarde con tanta impaciencia?

—Qué! no sabeis?

—Hablad.

—Esta tarde llegó un correo de Valencia con pliegos para él.

—Y quién ha podido dirigirle esos pliegos?

—No lo adivinais?

—No.

—Pues se los enviaba el infante D. Juan.

—Cómo! el infante D. Juan está en Valencia?

—Sí, se ha refugiado en aquella poblacion.

—Y nada me habeis dicho! qué imprudencia! murmuró Ana poniéndose con apresuramiento su barba postiza y cubriéndose con la capucha de su hábito.

—¿Temeis que alguno de ellos?...

—Todo, todo lo temo de esa gente.

—¿Por qué no me lo habeis prevenido?

—Insensato! ¿Pensais que hay en la corte de Castilla un solo hombre á quien yo no deteste?

Doña Ana se acordó de sus honrados primos y murmuró:

—Ellos tambien pagarán las culpas de unos y otros.

Gonzalo que no habia oido estas últimas palabras, trató de coger una mano de la condesa como si quisiese protegerla de todo el mundo; pero ella la retiró con aire preocupado y continuó así:

—Hubiera dado cualquier cosa por leer lo que ha escrito el infante.

Tal vez os lo diga el de Lara.

—Tengo mis razones para creer lo contrario; viviremos en guardia y suceda lo que quiera, de seguro no me han de vencer.

En aquel momento apareció por una senda que se comunicaba con aquel camino una persona que iba montada en una pequeña mula. Doña Ana la vió llegar y dijo poniéndose de pié.

—Es el padre Gerardo.

El verdadero fraile, el legítimo padre Gerardo, siguió avanzando, y bien pronto se halló frente á frente de la condesa de Cinco Villas.

Rugier se incorporó un poco, y vió á través de los matorrales en donde se hallaba oculto, que Doña Ana vestida con sus ropas tálares y groseras

se habia duplicado de una manera maravillosa.

—Loado sea Dios que he llegado al fin, dijo el pobre religioso apeándose con trabajo en cuanto pudo reconocer á la condesa. ¿Estais buena, señora?

—Perfectamente, gracias al cielo y á vos tambien que no me habeis olvidado en vuestras oraciones; respondió Ana con maligna sonrisa.

No bien la condesa acababa de proferir estas palabras, cuando divisándose á lo lejos el resplandor de algunas antorchas, dijo Gonzalo aproximándose á ella.

—Si no me equivoco, debe ser vuestro... mensajero.

Gonzalo habia tenido intencion de decir vuestro amante; pero se detuvo al percibir la mirada que Ana acababa de dirigirle.

—Oh! señor alcaide! dijo entonces el religioso; perdonad que no os haya visto y saludado antes de ahora; mis ojos están ya tan cansados que no os habia conocido. El cielo os guarde y la Virgen Santísima.

—Amen, respondió Gonzalo con acento rudo y con escasas ganas de hablar.

Las personas que avanzaban por el camino que venia á comunicarse con el que ocupaban la condesa y los suyos, y que nada tenia que ver con el que Rugier siguiera antes, se iban ya divisando muy de cerca. El padre Gerardo que no sabia lo que aquello significaba, pero que estaba enterado del cerco que á la sazón sufría Tordehumos, comenzó á temblar y á santiguarse lleno de miedo.

(Se continuará.)

#### SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

*El fusil es un enemigo de dos caras.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

